

MÓDULO 2

La función educativa de la familia. Protagonistas de una labor compartida

OBJETIVO GENERAL

- » Analizar la vinculación entre la acción tutorial y la función educadora de la familia como espacio de cooperación para la mejora de la calidad de la educación.
- » Posibilitar el acercamiento al diagnóstico del contexto familiar a través de herramientas que supongan la participación y colaboración de la familia en ese proceso.

OBJETIVOS ESPECÍFICOS

- » Descubrir las necesidades que presenta la familia para poder desarrollar su función educadora.
- » Identificar los contenidos esenciales de una educación de la familia que implique una mejor colaboración entre escuela y familia.
- » Considerar las propuestas de acción para el desarrollo de procesos colaborativos de diagnóstico entre la familia y el centro docente.

1. Introducción

En este módulo se pretende analizar la vinculación entre la acción tutorial y la función educadora de la familia como espacio de cooperación para la mejora de la calidad de la educación. Para ello, se ofrecen algunos recursos que posibiliten el acercamiento al diagnóstico del contexto familiar a través de herramientas que supongan la participación y colaboración de la familia en ese proceso.

De este modo, se podrá descubrir cuáles son las necesidades que demandan las familias y fomentar desde el ámbito escolar un apoyo a las familias para retomar su función socializadora.

2. Necesidad e importancia de la función educadora de la familia

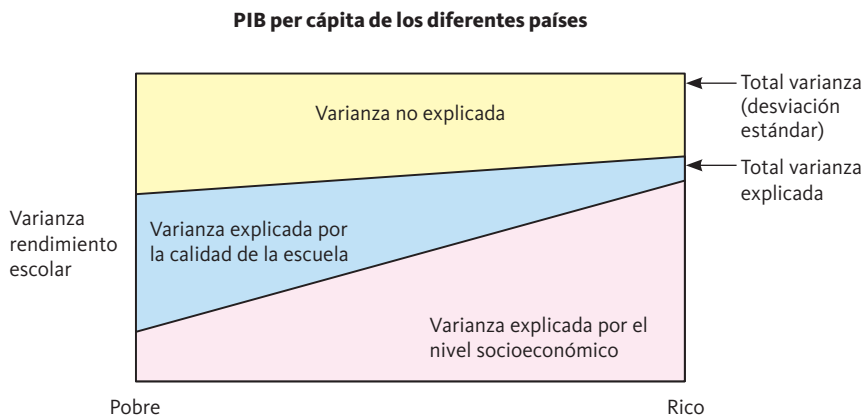
Razones de tipo biológico, psicológico y social, así como de afectividad y emotividad, justifican la importancia y la necesidad de la función educadora de la familia. Por ello, se hace ineludible hablar de la familia en el marco de la educación, dado que es un contexto donde se ejercen fuertes y continuas influencias sobre el desarrollo personal y académico del alumnado, sobre todo hasta una determinada edad. Por otro lado, se trata de analizar una asignatura pendiente en la sociedad y en el sistema educativo actual: la formación de padres y madres.

2.1. La familia y el rendimiento académico

Cuando Brunner y Elacqua (2004) presentan los factores que intervienen en el rendimiento académico del alumnado, basándose en los diferentes estudios precedentes, destacan la existencia de un amplio consenso entre especialistas acerca de la naturaleza y poder explicativo de tres factores: el entorno familiar de los alumnos, la calidad de la comunidad donde residen y la efectividad de la escuela. La relación es sistemática: mientras más pobre es el país, más alto será el porcentaje de la varianza explicado por los resultados de la escuela; mientras más rico es el país, se atribuye un mayor peso a la familia. Ello implica que al ser las sociedades desarrolladas más igualitarias en la distribución del ingreso, todas las familias transmiten un monto de capital cultural similar a sus hijos. Sin embargo, este capital varía en

cuanto a su naturaleza según cuáles sean las prácticas iniciales de socialización, las expectativas respecto al futuro desarrollo ocupacional de los niños y niñas y los códigos lingüísticos empleados en el hogar. En cambio, en las sociedades en vías de desarrollo, debido a su grado más alto de desigualdad, la escuela está llamada a compensar las diferencias de origen socio-familiar, pudiendo incidir más enérgicamente en los resultados escolares.

A continuación, se presentan factores que influyen en los logros académicos en países industrializados y en países en vías de desarrollo (Brunner y Elacqua, 2004).



Si bien, el estatus socioeconómico de los padres es importante, aún es más decisivo, en el caso de niños provenientes de hogares de escasos recursos, la organización de la familia, su clima afectivo, la socialización lingüística o la adquisición temprana de actitudes y motivaciones, como puede apreciarse en la siguiente tabla.

Variables de entorno familiar y social que inciden en los logros de aprendizaje

- Ocupación, ingreso y nivel educacional de los padres.
 - Infraestructura física del hogar y grado de hacinamiento.
 - Recursos del hogar (libros, diccionarios, escritorio y computadora).
 - Organización familiar y clima afectivo del hogar.
 - Alimentación y salud durante los primeros años de vida del niño.
 - Prácticas de socialización temprana.
 - Desarrollo lingüístico y tipo de conversaciones en el hogar.
 - Rutinas diarias, desarrollo de actitudes y motivación.
 - Acceso a, y calidad de, la enseñanza preescolar.
 - Elección de escuela.
 - Armonía entre códigos culturales de la familia y la escuela.
 - Estrategias de aprendizaje y conocimientos previos adquiridos.
 - Involucramiento familiar en las tareas escolares.
 - Uso del tiempo en el hogar y durante las vacaciones.
-

Fuente: Buchmann (2003); Levin y Belfield (2002); Marzano (2000); y Sheerens (2000).

Por otro lado, Brunner y Elacqua (2004) destacan también algunas de las variables del entorno comunitario que inciden de una u otra forma en la vida de la familia. Estos estudios muestran que la residencia en vecindarios socialmente más desorganizados, con un menor involucramiento en la escuela, menos actividades comunitarias y menos confianza en la escuela y en la gente en general, puede tener un impacto importante en el logro académico de los estudiantes. Incluso algunos estudios sugieren que estas variables de comunidad pueden ser mejores predictores del rendimiento escolar que los insumos educacionales y las variables socioeconómicas.

Variables de comunidad que inciden en el rendimiento escolar

- Pobreza en el vecindario.
 - Desempleo en el vecindario.
 - Crimen en el vecindario.
 - Presencia de pandillas y drogas en el vecindario.
 - Calidad de las viviendas.
 - Participación en organizaciones (iglesia, junta de vecinos y centro de madres).
 - Participación en actividades voluntarias.
 - Involucramiento en asuntos públicos.
 - Participación en organizaciones de la escuela (centro de padres).
 - Confianza en la gente.
 - Confianza en la escuela.
-

Fuente: Bryk y Schneider (2002); Putnam (2001); Ludwig et al. (2001); Leventhal y Brooks-Gunn (2000); McNeal (1999); Ellen y Turner (1997); Brooks-Gunn et al. (1997); Jencks y Mayer (1990); y Lareau (1989).

Tradicionalmente se ha considerado a la familia como la más universal de las instituciones sociales, la unidad básica de la sociedad y la fuente de las primeras y más poderosas influencias a las que se expone cualquier individuo de cualquier sociedad (Martínez y Pérez, 2004).

En su desarrollo físico todo niño nace absolutamente inseguro, necesitado e incompleto. Los niños pequeños desde el nacimiento viven envueltos en una burbuja sensorial hecha de palabras, gestos, actitudes y vínculos con las personas significativas de su vida, que constituyen la urdimbre de su personalidad. En la faceta psicológica necesita desarrollar su inteligencia, voluntad, armonía, autonomía, autoestima, etc. Esto solo se logra en la familia. Los niños que crecen privados de un ambiente familiar, aunque se desarrollen físicamente, con el tiempo se hará patente la existencia en ellos de deficiencias psicológicas, afectivas, emocionales, intelectuales y sociales. Sin duda, la matriz biológica de la existencia humana son las relaciones amorosas materno-infantiles, en el placer del juego, la ternura y la sensualidad, y cuanto más desvíos haya de este tipo de relaciones, más enfermedades y problemas psicológicos y sociales se crearán. Sin vínculos de calidad, sin relaciones educativas de calidad, no hay desarrollo humano pleno (Buigues, 2010).

2.2. Apoyos a la familia para posibilitar su función educadora

Ante la crisis del modelo de familia tradicional se hace necesario encontrar caminos adecuados para llevar a cabo esta colaboración. Los nuevos tipos de familia que surgen como consecuencia de los rápidos cambios sociales que se están produciendo están generando nuevas demandas a la escuela. Si la escuela quiere ser un contexto capaz de generar el crecimiento humano y la salud, ha de ser capaz de mantener procesos de mejora continua y desarrollar relaciones de colaboración y de responsabilidad compartida que pongan en marcha procesos de cooperación entre profesores y padres (Buigues, 2010). Desde el primer día en que un niño se incorpora a la escuela esta va a condicionar el modo en el que se estructura la vida familiar, también fuera del horario escolar, a través de los “deberes para casa” e incluso durante los periodos vacacionales. Hay que constatar que son muchos los padres que tratan de educar a sus hijos intentando atender las solicitudes de colaboración que reciben del centro y que la trayectoria escolar de los hijos, cuando estos presentan dificultades académicas, puede afectar en ocasiones negativamente a su vida de pareja (Hernández, 2013).



Es importante la preocupación familiar por los deberes para casa.

Salvo casos extremos, no es cierto que las familias no estén preocupadas por sus hijos, y si no ofrecen entornos familiares más adecuados no es porque no quieren, sino porque no saben o no pueden (Buigues, 2010). En muchas ocasiones, las familias carecen de recursos para hacer frente a su función educadora (Parada, 2010), siendo conscientes del papel fundamental que juega en este proceso de socialización y de desarrollo de los hijos. Por ello demandan, cada vez más, información y formación que les permita afrontar con éxito los retos implícitos en cada etapa evolutiva del desarrollo individual y familiar (Martínez y Pérez, 2004). En general (Pérez-Díaz et. al., 2001), hay una generación de padres bastante satisfechos con el funcionamiento del sistema educativo y partidarios del mantenimiento del *statu quo*. Se descubren muchos tipos de padres y madres: unos padres se ocupan más de complementar la educación formal de sus hijos y otros menos.

Unos montan a sus hijos en el carrusel de las actividades extraescolares (o se dejan embarcar por estos); como regla general, ese embarque, especialmente en algunos casos, va asociado a un rendimiento escolar por encima de la media. Otros prácticamente no lo hacen.

Por otra parte, unos se implican más en la ayuda a sus hijos en casa, al hacer los deberes, al tomarles la lección y al leer con ellos; y otros no lo hacen tanto. Los que lo hacen, especialmente los de estatus socioeconómico por debajo de la media, consiguen que sus hijos superen a lo largo de su historial escolar (por ejemplo, repitiendo menos) los límites que marca el capital humano que es su punto de partida (el nivel educativo de sus padres). Quienes no lo hacen, no los superan. Por último, unos hacen de pedagogos, acompañando a sus hijos a disfrutar y aprender con re-

presentaciones teatrales o musicales, de lo cual obtienen estos un rédito; otros no lo hacen.

En la tarea educativa, el adulto pone en juego todas sus capacidades para acompañar, animar, apoyar, enseñar y confrontar y, como fundamento a todo ello, su capacidad de amar. En casa, los padres pueden mostrar lo mejor de sí mismos en ese camino junto a sus hijos, pero también es cierto que a veces, cuando las cosas se ponen difíciles, puede salir lo peor de cada persona: el grito que nunca se hubiera pensado que se iba a dar o la palabra mal dicha que no se deseaba decir en ningún momento (Cagigal, 2010).

La formación de padres y madres constituye aún una asignatura pendiente en la sociedad y sistema educativo actual. Se articula la formación del individuo en múltiples facetas y para el desempeño de múltiples funciones, pero no para la de ser padres y madres; es decir, para desempeñar uno de los papeles más complejos y de mayor responsabilidad que cualquier sujeto pueda desempeñar a nivel social: la de ser educadores de por vida de los hijos. Incluso, la sociedad ningunea con frecuencia a la persona; los padres se encuentran desamparados ante situaciones que son nuevas y la familia se halla en la intemperie, golpeada por los cambios sociales, económicos, políticos, religiosos, culturales y globales. La respuesta que la familia debe encontrar a este desafío debe ser el apoyo de cuantas instituciones comparten la tarea de educar a la persona (Bouché e Hidalgo, 2006). Ello plantea la necesidad de una **educación familiar** como medio de apoyo a las familias, tanto para ayudarlas a hacer frente a sus dificultades, como para simplemente contribuir a su mejora y al aumento de su satisfacción (Ceballos, 2006).

3. Colaboración familia-escuela y calidad educativa

Así pues, familia y escuela deben ser conscientes del significado de estas transformaciones de la sociedad, tenerlas en cuenta en su trabajo educativo y establecer relaciones que permitan enriquecer al unísono sus funciones socializadoras y educadoras. Se sabe que las escuelas de calidad son aquellas que tienen un proyecto formativo compartido entre toda la comunidad educativa, y en las que se colabora en la gestión y en la evaluación (Hernández, 2012). Sería deseable crear un proyecto educativo común entre familia y escuela, que permitiera responder al tipo de educación que quieren dar, así como los medios e instrumentos que precisan para lograrlo.

3.1. La educación familiar desde el centro educativo

Si bien, desde la orientación educativa y la acción tutorial la pretensión puede estar centrada en la solución o corrección de algún problema, no hay que olvidar la prevención y el desarrollo de las propias familias. La finalidad última de la intervención debería ser la de colaborar para que las familias aprendan a conocerse mejor a sí mismas, comprendan mejor sus mecanismos de funcionamiento y encuentren sus propios caminos para una mayor realización personal y familiar (Ceballos, 2006). Esta perspectiva del desarrollo, del fortalecimiento o del *empowerment* va unida a la prevención, en la que el objetivo no es lograr una **familia fuerte**, sino una **familia saludable** (si bien encuentran en ambas líneas intensas interrelaciones). Y por último, debe buscarse la modificación, centrada solo en aquellas familias con elevadas necesidades (grandes discrepancias entre la situación actual y deseable). En este sentido, todo proyecto de evaluación, orientación e intervención educativa en torno a la vida familiar debería centrarse en tres metas principales:

- » Facilitar que las familias puedan desarrollar el potencial individual de sus miembros y el del grupo familiar.
- » Prevenir la aparición de problemas familiares.
- » Ayudar a las familias a superar las dificultades a las que se enfrentan en cada momento (Arcus et. al, 1993).



Hay que ayudar a las familias a superar sus dificultades.

Fortalecer y enriquecer el bienestar individual de sus miembros y de la familia en general implica perseguir objetivos como:

- » Aprender a comprenderse a uno mismo y a los demás.
- » Facilitar los procesos del desarrollo y del comportamiento humano en el marco familiar a lo largo de los diversos ciclos de la vida familiar.
- » Conocer patrones y procesos vinculados a la vida en pareja y en familia.
- » Adquirir habilidades fundamentales para la vida en familia.
- » Desarrollar el potencial de las personas para que desempeñen roles familiares en la actualidad y en el futuro.
- » Facilitar el desarrollo de habilidades de cohesión y resistencia en la familia.

Concretamente, en la práctica de la Orientación Educativa Familiar, estos objetivos deben plasmarse en los contenidos de los programas o actuaciones en torno a dos campos fundamentales, según plantea el *National Council on Family Relations* (1984): áreas temáticas y procesos. Dentro de cada uno de ellos se especifican los siguientes contenidos (Martínez y Pérez, 2004):

CONTENIDOS DE ORIENTACIÓN EDUCATIVA FAMILIAR

Áreas temáticas	Procesos
<ul style="list-style-type: none">- Desarrollo humano.- Relaciones interpersonales.- Interacciones familiares.- Educación para ser padres.- Educación en valores.- Organización y control de los recursos familiares.- Familia y sociedad.	<ul style="list-style-type: none">- Comunicación.- Toma de decisiones.- Resolución de problemas.

(*National Council on Family Relations, 1984*)

El convencimiento general de que para ofrecer una buena educación en el contexto escolar se necesita que padres y maestros colaboren y compartan un mismo proyecto de valores precisa, inexorablemente, de que esos valores se transmitan congruentemente tanto en el contexto escolar como en el hogar familiar.

 **Importante**

La buena educación de un hijo o alumno debe llegar a ser una misma misión compartida entre padres y maestros (Hernández, 2013).

Los tres ámbitos de formación de la persona son: familia, escuela y sociedad. La sociedad es la que en la actualidad tiene más poder, a través de la televisión, de Internet, de la calle, de los amigos, del entorno, etc. Es necesaria, por tanto, una estrecha colaboración entre los otros ámbitos para lograr una educación plena del individuo. Delors, en su **Informe sobre educación**, expone cómo la relación de la familia con el sistema educativo se percibe a veces como antagónica. En la actualidad, sin embargo, nadie cuestiona la relación entre la familia y la escuela como el mejor modo de formar al niño, al adolescente. Educar es una tarea compartida, por lo que el proceso debe ser abordado por padres y profesores en colaboración y teniendo en cuenta, en estas edades, las influencias del medio. Participar en la escuela consiste en colaborar (*colaborare*: trabajar con otros) para que el proceso educativo se lleve a cabo en las mejores condiciones posibles. Colaborar y participar supone la realidad de incluir a las familias en los procesos de enseñanza-aprendizaje de sus hijos, posibilitando que tomen parte en las decisiones que les afectan (Martínez, 2010).



Es muy relevante en la educación de los alumnos la colaboración de la familia en la escuela.

La relación entre familia y centro educativo para ser efectiva debe lograr integrar a la familia como una parte del centro educativo. La experiencia demuestra que el desarrollo del alumnado de los centros puede verse positivamente influido por la actuación de los padres. El centro educativo es un lugar de encuentro en el que entran en juego los derechos y deberes, las obligaciones y las competencias o atribuciones de todos y cada uno de los integrantes de la comunidad educativa. Se considera que la participación de las familias es uno de los indicadores de calidad de la oferta educativa, teniendo en cuenta que los padres son los primeros y principales educadores de sus hijos. En aquellos centros que se acometen procesos de innovación relacionados con la compensación educativa, la implicación de las familias debería ser, como afirma Fernández (2006), uno de los principales objetivos a conseguir para:

- » Disminuir la discrepancia acerca de los valores y contenidos que transmite la escuela y los que divulga la familia.
- » Asegurar el apoyo de la familia en las tareas escolares.
- » Reducir los sentimientos de infravaloración que se producen cuando el niño descubre que su familia está en situación de desventaja sociocultural.
- » Contribuir a favorecer la valoración de la familia hacia la escuela.

Las actividades relacionadas con las familias no pueden ser vistas como acciones a desarrollar por un departamento, por ejemplo, el Departamento de Orientación, o solo por el tutor, sino que hay que pensar en este plan y el conjunto de acciones que se pueden derivar de él como algo que forma parte ineludiblemente de la acción del colegio para alcanzar los objetivos educativos. No es solo un apéndice sino la condición de posibilidad de poder desarrollar los proyectos educativos. Es más, debe pretender devolver la responsabilidad sobre la educación de los hijos a los padres y entender que toda acción colegial, por relevante que sea, es coparticipar en esa responsabilidad que tienen los padres (Lamata, 2010).

Se podrían plantear seis cuestiones mínimas a la hora de realizar acciones que contemplen la colaboración con las familias:

Se deben cuidar los distintos materiales de información y guías que se publican para las familias. En muchos casos, esta información es la única vinculación de algunas familias con el colegio, por tanto, la única comunicación con esas familias.

Se ha de procurar que las actividades lúdicas y de acercamiento (festivales, jornadas de puertas abiertas, semanas culturales, deporte, etc.) sean momentos de disfrute, de proximidad y cercanía. Posibilitarán que los siguientes momentos de relación de las familias con el colegio sean recibidos positivamente y sin prevenciones.

Habría que evitar una carga excesiva de lo informativo en las reuniones institucionales. En ocasiones es muy repetitivo, sobre todo para las familias que tiene varios hijos en el centro. Habría que dar paso a las dimensiones formativa y orientadora de esos encuentros. Se debería establecer una secuenciación de temas y contenidos, pensando no solo en cada curso, sino en el conjunto de las etapas.

A través de la acción tutorial, el tutor es la vinculación personal y el rostro concreto que la mayoría de las familias tienen del colegio. Se deberán establecer, dentro de este plan, modos de registro o sistemas de seguimiento comunes que permitan archivar la información y que esta sea fácilmente transmitida de tutor a tutor en los cambios de curso.

Es necesario tener claros los cauces y modos de colaboración e implicación en el desarrollo del Plan de Acción Familiar de la asociación de padres, ya que es la organización representativa de las familias del colegio. Desde el diálogo y la coordinación, la asociación de padres es el cauce indicado para crear sentido de pertenencia y para que el centro sea visto como lugar de referencia en lo formativo por parte de las familias.

Es una necesidad pensar en la formación de los padres como una oferta del colegio a través de las Escuelas de Padres. Debe ser una respuesta asumida por toda la comunidad educativa y vista como un instrumento más de los que el colegio cuenta a la hora de educar.



Ejemplo de participación de las familias

3.2. Grandes interrogantes en la colaboración escuela-familia

En estos momentos son muchos los interrogantes que se encuentran abiertos y sobre los que es necesario reflexionar: ¿están los docentes en condiciones de gestionar la participación de los padres?; ¿están los padres predispuestos a integrarse en la escuela, o al menos intentarlo?; ¿cómo responder desde las escuelas a las demandas de colaboración de los distintos tipos de familia en las que se educan los alumnos?; ¿qué tipo de participación, colaboración e implicación de las familias se necesita en las instituciones educativas para que ambas cumplan sus fines?; ¿las asociaciones como las actuales AMPA resultan el medio apropiado para canalizar la participación de los padres de los alumnos en la educación escolar de sus hijos?; ¿cómo son las relaciones visibles y formales reguladas en el Proyecto Educativo de Centro en comparación con las relaciones informales e invisibles de las familias con las escuelas de sus hijos, tanto con los docentes como con el personal no docente?; y ¿cómo se pueden aprovechar las oportunidades que las aplicaciones TIC ofrecen para facilitar la participación y la comunicación de las escuelas con los padres de sus alumnos?

En cuanto al uso de las TIC, el respeto mutuo evitará que el medio se convierta en fin y todos se vean desbordados. La respuesta a estos interrogantes no es simple, y para abordarlos se necesitará de toda la creatividad de los profesionales: hay que integrar las distintas miradas sobre el modo de construir colaborativamente en el día a día una escuela que se ofrece a todos sus miembros, también a las familias, como un espacio abierto y disponible, una oportunidad de encuentro en el que desarrollar un proyecto pedagógico común y compartido (Hernández, 2013).



Recuerde

Hoy en día, la familia carece de recursos para hacer frente a su función educadora. También se hace imperiosa la necesidad de compartir la tarea de educar. La relación entre familia y centro educativo para ser efectiva debe lograr integrar a la familia como una parte del centro.

4. El diagnóstico participativo del contexto familiar

Acceder a las claves de la familia ayudará muy posiblemente a comprender mejor la mayoría de las diversas situaciones educativas: las dificultades de aprendizaje, los problemas de la integración multicultural, la marginación social, la discriminación a causa del género, la falta de competencias sociales y emocionales, etc. Todas estas cuestiones pueden encontrar respuestas más claras a través del diagnóstico del contexto familiar (Ceballos, 2006).

4.1. La participación de la familia en el diagnóstico familiar

La consideración ecológica de los contextos de desarrollo resitúa a la familia como contexto básico en el diagnóstico. Al mismo tiempo, el carácter participativo del diagnóstico otorga a la familia un papel activo en la construcción del diagnóstico. Una de las competencias a desarrollar por el orientador y experto en diagnóstico es la de seleccionar los elementos de análisis más adecuados en cada caso; aunque el diagnóstico del contexto familiar debe estar patente cuando se presume la relevancia de dicho contexto como una de las causas que determinan la situación objeto de análisis. Por otro lado, el diagnóstico familiar puede resultar de interés en sí mismo como contexto educativo, puesto que la familia es el núcleo de socialización por excelencia, y presenta sus propias e ineludibles necesidades educativas (Ceballos, 2006). En ese proceso el rol del experto en diagnóstico será el de **facilitador, colaborador y recurso de aprendizaje** (Patton, 2002; p. 185). Esto significa, como sugiere Gràcia (2003) al abordar la intervención, que para conseguir la plena participación de las familias no basta con considerar a estas como ayudantes en el proceso; simplemente, se trataría de un primer paso hacia la participación. El último paso consistiría en que las familias se convirtieran en las protagonistas de la intervención, lo que supondría su autogestión (Ceballos, 2006). Ante la gran dificultad para conseguir este paso, Ceballos (2006) propone un paso intermedio: la familia como miembro del equipo, advirtiendo que esto implica un cambio de concepción educativa que va desde la educación familiar, a la construcción cooperativa y democrática del diagnóstico y de sus posibles alternativas de intervención (*Partnership Education*). En palabras de Patton (2002; p. 185): “Los participantes son coiguales”.

El diagnóstico participativo remite a las necesarias competencias diagnósticas participativas y sociales, que se aproximan a lo que Moustakas (1995), según recoge

Patton (2002), denominaría el desarrollo de una relación con las familias, expresada en el *being-in* (escuchar, aceptar, comprender, etc.), *being-for* (tomar partido por el desarrollo), y *being-with* (escuchar, implicarse y ofrecer la propia perspectiva) (Ceballos, 2006).



Ejemplo de la familia como miembro del equipo

4.2. Dimensiones de análisis del contexto familiar

Ceballos (2006) plantea tres dimensiones básicas de análisis del contexto familiar. Por un lado las dimensiones físicas, sociodemográfica y organizacional. Por otro, la dimensión cognitivo - educativa y, por último, la dimensión procesual. Aunque la selección de la dimensiones a estudiar por parte del orientador/a debe ser determinada en función del problema de investigación o intervención planteado, la amplitud de elementos de análisis da idea de la diversidad de las familias y de la complejidad de su diagnóstico. Se hacen necesarias fórmulas que permitan un análisis global de las realidades familiares.

Los elementos de las **dimensiones físicas, sociodemográficas y organizacionales** se presentan claramente en la siguiente tabla de Ceballos (2006).

DIMENSION FÍSICA, SOCIODEMOGRÁFICA Y ORGANIZACIONAL

Física	<ul style="list-style-type: none"> - Características de la vivienda (tamaño, estado, seguridad, higiene, orden...). - Características del barrio (servicios, equipamientos, seguridad...). - Canales de información (tipo, frecuencia, utilización...). - Recursos educativos (espacios, materiales, disponibilidad...).
Sociodemográfica	<ul style="list-style-type: none"> - Situación económica de la familia (ingresos, gastos, procedencia, administración...). - Nivel cultural de la familia (estudios, profesión, intereses lúdicos, actividades culturales...). - Composición de la familia (número de personas convivientes, edades, parentesco, datos de familia extensa...). - Datos de salud (con relevancia para el funcionamiento de la familia). - Características sociodemográficas del barrio.
Organizacional	<ul style="list-style-type: none"> - Organización y variedad de actividades cotidianas (días laborales y festivos). - Distribución de roles, tareas y funciones en los distintos miembros de la familia. - Relaciones con otros contextos familiares y sociales (familia extensa, amigos, escuela, asociaciones...).

La dimensión cognitivo-educativa, también denominada actitudinal por Martínez González (1996), se ha aplicado más a los miembros adultos, por las dificultades de exploración cognitiva en los niños más pequeños. Pueden observarse los elementos a estudiar en la siguiente tabla (adaptada de Ceballos, 2006):

ELEMENTOS DE ANÁLISIS DEL CONTEXTO FAMILIAR DESDE LA DIMENSIÓN COGNITIVO-EDUCATIVA

Dimensión cognitivo-educativa	
En adultos	<ul style="list-style-type: none"> - Creencias educativas: las ideas sobre el desarrollo y la educación de los hijos, también estudiadas como teorías implícitas por su carácter generalmente no explícito. - Metas educativas: los logros educativos que se pretenden conseguir, y que deberían guardar coherencia con las acciones educativas puestas en marcha. Muy cercanas se encuentran las expectativas, o el pronóstico que se realiza sobre las posibilidades de éxito o fracaso en la vida de un miembro de la familia. - Prácticas educativas: las estrategias educativas puestas en marcha para alcanzar las metas. - Ideologías y valores educativo-culturales de la familia.
En niños	<ul style="list-style-type: none"> - La percepción y aceptación de los mensajes educativos de los adultos (generalmente los padres). - Las atribuciones positivas o negativas que los niños realizan sobre las acciones de los adultos.

En cuanto a la **dimensión procesual**, se pueden destacar:

- » El nivel de comunicación y afectividad entre los distintos miembros de la familia.
- » El estilo relacional y el clima afectivo intrafamiliar y extra-familiar
- » Las estrategias de resolución de conflictos.
- » Las competencias emocionales, comunicativas y sociales en los distintos miembros de la familia.

4.3. Métodos, técnicas e instrumentos de diagnóstico familiar

Cada profesional habrá de decidir en función de las finalidades del diagnóstico, y de las características de la situación, cuál es la metodología más adecuada al caso, y qué técnica o instrumentos deben acompañarla, mostrando la oportuna sensibilidad a los contextos (Patton, 2002). Cook (2003; p. 347) destaca la pertinencia de la metodología cuantitativa para tratar la complejidad del entramado familiar, pues “la mejor forma de tratar la complejidad es comenzar con pasos sencillos“. Sin embargo, desde la metodología cualitativa, lo que se desea es captar los procesos que subyacen a las realidades familiares. En este sentido, se subraya la importancia de un diagnóstico que se realice en su contexto natural. Pero ninguna técnica se puede desdeñar si con ella se respeta el carácter abierto, comprensivo y holístico del diagnóstico (Ceballos, 2006).

Así, las técnicas e instrumentos que se pueden utilizar para el diagnóstico familiar se concentran en:

- » Observaciones para analizar la interacción familiar, que se trasladan al registro de las distintas categorías observacionales y a la valoración en escalas de estimación (*rating-scales*) provenientes en su mayoría del ámbito anglosajón, con los correspondientes problemas de adaptación a la población española. Algunos ejemplos: la Escala HOME (*Home Observation for Measurement of the Environment*) de Caldwell y Bradley, CRPR (*Child Rearing Practices Report*) de Block y la Escala de Interacción de Competencia Familiar de Beavers.
- » Cuestionarios aplicados a los distintos miembros de la familia (sobre el funcionamiento y las relaciones de la familia, el estrés y su afrontamiento, etc.).
- » Técnicas proyectivas.

- » Tareas experimentales.
- » Entrevistas estructuradas.
- » Autoinformes.
- » Los métodos de encuesta postal, telefónica o personal. Comienzan a enviarse cuestionarios difundidos a través de Internet.
- » Estudios de casos, en los que se pueden usar diversas técnicas como las entrevistas semiestructuradas o las observaciones participantes.
- » Etnografías, especialmente aptas para el análisis de las distintas **culturas familiares**, en las que la observación participante es la técnica más empleada.
- » Grupos de discusión, tanto para obtener datos directamente como para ayudar a desarrollar instrumentos más estructurados (por ejemplo, las encuestas).
- » Familiograma o genograma familiar, que facilita una visión rápida de la composición e historia de una familia.
- » Ecomapas que describen las relaciones que se establecen entre los diferentes subsistemas familiares y los sistemas externos.
- » Las historias de vida también pueden resultar un interesante complemento, que contiene información altamente significativa para los distintos miembros de la familia, así como el análisis de biografías y documentos personales.

La observación participante, como estrategia de investigación, y las herramientas derivadas de ella (notas de campo, sistema categorial y reconstrucción) pueden ayudar a docentes y familias a propiciar aprendizajes emocionales y personales, como indican Rekalde et. al. (2014). Supone, por tanto, una tarea cuyo objetivo era conocer para reconocerse, para cambiar e impulsar un proyecto común. La observación participante les ha servido para implicarse en la necesidad de dar respuesta a un problema que sentían como suyo. El hecho de implicar conlleva comprometerse y sentirse partícipe de un proyecto colectivo. Todo lo desconocido, lo novedoso, provoca inseguridad, desconfianza y miedo. Aprender a vencer los miedos iniciales con una actitud positiva como producto de la reflexión es otro de los aprendizajes subrayados.

4.4. Limitaciones del análisis y diagnóstico familiar

Tomando como referente a Martínez González y otras aportaciones, Ceballos (2006) plantea algunas de las limitaciones que pueden encontrarse el orientador/a o el educador/a:

- » La propia cercanía a un modelo de familia, y a un modelo de “normalidad familiar”, que puede entorpecer una visión crítica al analizar “otras” familias.
- » Relacionado con el punto anterior está la enorme carga de valores que socialmente se reciben respecto a la familia, que hace que “todo el mundo” parezca “experto en temas familiares”.
- » Consecuentemente, los problemas para evitar la influencia de la cultura en las técnicas y escalas de medida.
- » La invisibilidad y privacidad de las relaciones familiares, lo cual pone de relieve la importancia de que el diagnóstico del contexto familiar sea un proceso participativo, al tiempo que enfatiza las imprescindibles competencias sociales y participativas del experto en diagnóstico.
- » La especificidad de las situaciones familiares, lo que remite al concepto de diversidad de las familias y al análisis de sus distintas necesidades.



Hay que romper la propia estructura mental sobre la “familia normal” para estudiar la diversidad de familias.

5. Resumen

Para poder desarrollar una labor tutorial eficaz es necesario conocer la realidad de las familias hoy, sus elementos claves y su repercusión en su propia función educadora. En este sentido, sería necesario descubrir cuáles son las necesidades que demandan las familias y fomentar desde el ámbito escolar un apoyo a estas para retomar su función socializadora. Hoy en día, muchas familias parecen carecer de recursos para hacer frente a su función educadora.

Se hace necesario aprender a entender la tarea de educar entre familia y centro educativo, como una labor compartida en la que la familia forme parte integrante del centro. Para ello, es necesario comenzar por la realización de un diagnóstico que cuente con su participación, conteniendo todos los elementos o dimensiones que influyen positiva y/o negativamente en la vida de la familia. En este sentido se muestran algunos de los métodos e instrumentos de estudio y diagnóstico participativo.

